

Nelson Saúte

(Lourenço Marques, 1967)

Cuentista, periodista, curador y sociólogo mozambiqueño. Tiene una amplia trayectoria en la prensa, radio y televisión de su país. Ha colaborado en la revista *Tempo* y en el periódico *Notícias*. Además de ser editor del *Jornal de Letras* en Lisboa. Su obra personal consta de seis volúmenes y es antologador de tres más de poesía y cuentos mozambiqueños, entre los que destaca *As Mãos dos Pretos* (2001). Ha sido publicado en Brasil, Italia y Cabo Verde. El cuento que ahora presentamos pertenece al volumen *Rio dos Bons Sinais*, publicado en Río de Janeiro en 2007.

RIO DOS BONS SINAIS

FUE NECESARIO QUE PASARAN MUCHAS DÉCADAS DESPUÉS del funesto día en que su pretendiente apareció colgado en el porche de la Casa Azul para que la Menina dos *Prazos* escuchara el llamado que la habría de conducir al reencuentro con el muchacho que se había suicidado una lejana madrugada por haber sido rechazado por los padres de la joven. Durante todo este tiempo ella jamás quiso a ningún otro hombre y se vistió rigurosamente de negro, en señal de luto. Para siempre. Cuando escuchó la voz de Zúzu, el espíritu de las aguas, se sumergió en aquel río plateado bajo el impulso de su porfiado sueño. 257

Ahí, a la orilla del río, se habían encontrado sesenta años atrás, en aquel lugar donde los habitantes de la ciudad y los forasteros se detenían para observar el silencio de las aguas dolientes que fluían y seguían fluyendo sin prisa ni destino. Barcos antiguos encallados no sólo en la memoria de los que vivían en Quelimane, sino en la de muchos que la visitaban. El joven estaba acompañado de unos amigos cuando vio pasar a una niña con un aire que le pareció indolente, seguida de un séquito que se hacía notar en particular porque todos sus integrantes eran negros. La joven vestía de una forma extravagante y tenía gestos que llamaban la atención.

A no ser por el intercambio de miradas entre ambos, nada más pasó aquel día. Uno de sus compañeros le habría sugerido que la mejor forma de encontrar a aque-

lla joven sería ir a misa los domingos a la vieja catedral. Pero el joven tenía una madre animista y un padre musulmán, que vivía aterrorizado con la idea de que su mujer le abriera las puertas de la casa a un curandero para expulsar a los demonios, que ella creía que ensombrecían la casa y la vida de la familia. Siendo así, sólo le quedaría al joven pretendiente recargarse en el muro de la misma calle de la catedral para admirar a aquella joven-cita envuelta en telas y encajes, luciendo su mantilla, como si fuera española, mientras sus sirvientes tenían la tarea de cargar el libro sagrado y otros objetos que le pertenecían.

258

La Menina dos *Prazos* de inmediato se interesó por el muchacho, pero controló su ansiedad hasta el día en que, sin darse cuenta, tropezó frente al joven que la había visto desde la ribera. Éste, en una inesperada audacia, le dijo unos piropos al oído. De ese día en adelante, lo único que vivió fue una vertiginosa pasión, ya que el esclavo que su padre le había destinado, desde su nacimiento, como guarda, y los otros sirvientes, no sólo lo ocultaban a sus padres, sino que también eran sus cómplices. Quelimane era una ciudad pequeña y un noviazgo de esos, entre una hija de señores y un muchacho perteneciente a una familia humilde, sería tema para todo tipo de habladurías. Nada mejor que un escándalo de este género en una ciudad como aquella.

Durante las seis décadas que transcurrieron desde que conoció al muchacho y de él se enamoró, la Menina dos *Prazos* recordaría aquella pasión sin penitencia, aquel amor vivido en el fulgor de su imaginación, muy lejos de cualquier encuentro físico, a excepción de los besos que ella rememoraba insistentemente. El día en que escuchó la voz de Zúzu, llamándola, ella volvió a hacer el recorrido del paseo de aquella lejana tarde juvenil por la orilla del río en la que su mirada se encontró

con la mirada casi desamparada del pretendiente que prefirió morir cuando los padres de ella lo rechazaron, impidiendo cualquier posibilidad de noviazgo y prohibiéndole que lo volviera a ver.

Antes de sumergirse de bruces en el lecho aletargado del río, donde las viejas embarcaciones reiteraban el imperturbable sueño de muchas eras, la Menina dos *Prazos* había descendido sonámbula los escalones de madera indo-portuguesa y había recorrido de nuevo el trayecto del día en que había encontrado a su amor por primera vez. Era una madrugada fría y nublada, como aquella de su sueño lejano en el que se había negado a aceptar que su amado hubiera muerto para siempre. Ese día había tanta *cacimba*, tanta como no se había visto en muchos años. El sol tardaría en rasgar el horizonte, el cielo oscilaba entre el azul y el gris; sin embargo, se adi-
vinaba un día bonito. El piso de madera del porche estaba húmedo, las tablas se habían podrido y los escalones rechinaban cuando alguien atravesaba aquel cobertizo con bellos pilares de hierro forjado. El pasamanos tallado conservaba la majestuosidad de los viejos tiempos, pero las paredes en las que se encontraban las escaleras exteriores denunciaban los perjuicios de los años. Las paredes del edificio no escondían las fisuras, ni el musgo que se había acumulado.

259

La Casa Azul tenía, en el primer piso, cinco recámaras, dos salas amplias, la cocina y el desayunoador. Hacía muchos años que la Menina dos *Prazos* pasaba las noches sentada en la silla de mimbre de la sala, con temor de que, el día en que el muchacho la llamara, ella no oyera su voz de espíritu de las aguas. Ella dormía en las habitaciones que daban hacia la calle trasera, del lado opuesto adonde se escuchaban las voces que venían del río. Ya nadie creía cuando se hablaba en voz baja de esta vieja esperanza del reencuentro con el joven, en una madru-

gada que se tornaría todavía más nublada. La madre encontró al muchacho rechazado muerto. No obstante, la Menina dos *Prazos* había inventado la leyenda del río y creía en el espíritu Zúzu, invocado por los viejos *nhames-soros*, que venían del otro lado del río, por los largos atajos labrados entre los palmares.

Muchos decían que la Menina dos *Prazos*, de tanto esperar a un hombre que no existía, creía en encuentros con fantasmas. Estaba perdiendo el juicio. Estaba loca. ¿Dónde se ha visto a un muerto regresar en busca de su amada perdida? Se podría entender el caso de la madre del joven desaparecido. Ella pasaba los días develando la verdad de los curanderos. Conocía el significado de cada amuleto. Creía en los espíritus de los antepasados.

260 Sin embargo, del joven pretendiente casi nadie se acordaba. Los más viejos elogiaban, sobre todo, sus buenos modales. Recordaban su simpatía contagiosa. Decían que era un muchacho reservado, aunque mostraba en su mirada una evidente inteligencia. Todos confiaban en que el joven llegaría lejos. De sus hermanos, que eran nueve, él era el que progresaba en los estudios de manera brillante. Había nacido en Pebane, pero había venido a Quelimane, donde su padre se empleó como telegrafista. Vivían en el barrio Samúguè, donde quedaba la villa Samúguè, la famosa casa amarilla.

El padre del muchacho fue uno de los primeros trabajadores de los Correos de la ciudad, era conocido por ser algo bonachón. Mestizo, de cabello muy rizado, se había casado con una mujer negra y supersticiosa —decían las malas lenguas, siempre viperinas. Los hijos salieron morenos, muy oscuros, como aquellos goeses que de vez en cuando desembarcaban en la ciudad en busca de mejor suerte. La madre del muchacho era trabajadora doméstica, hacía tiempo había trabajado en la recepción de Hacienda, pero el marido, que era celoso en extremo,

prefería tenerla en casa para resguardarla de las miradas maliciosas y de las tentaciones ajenas. El joven pretendiente vivía con su familia en una vieja casa de madera y láminas colgada de un palafito. Eran muchos los pantanos circundando la ciudad y, en los días de lluvia, la casa parecía sumergirse.

La madre de la Menina dos *Prazos*, conocida por su irritabilidad, fue tajante: con ese muchacho su hija no se casaría jamás, y ella tenía que ponerle fin a aquel noviazgo, ¡sin demora! Sobra decir que había indagado acerca de la condición del supuesto novio de su hija y que había constatado la verdad que la indumentaria cotidiana del joven no podría desmentir.

La mañana en que le avisaron que su enamorado había sido encontrado muerto en el porche, la Menina dos *Prazos* soñaba con el muchacho desaparecido en las aguas del río y que un día regresaría para llevársela de la mano rumbo a un paraíso cualquiera, donde ambos vivirían con la intensidad del deseo que los unía, las virtudes indecibles de su joven y fulminante amor, rechazado por los padres porque él era negro y pobre.

Sin embargo, el muchacho había muerto colgado de una cuerda de henequén y había sido llevado por su familia antes de que la noticia se esparciera. La madre, desconsolada, exigió que su marido finalmente aceptara los servicios de los curanderos que ella demandaba para librarlos de la mala suerte. El padre del muchacho no pudo evitarlo y durante aquellos días en que la desgracia se abatió sobre la familia del pretendiente, se realizaron varias ceremonias para exorcizarlos de los demonios que los atormentaban. Los *nhamessoros* habían venido del matorral, de lugares distantes, que no aparecían en los mapas.

Muchos eran los mitos sobre el luminoso nombre del Río dos Bons Sinais, sobre todo las historias de amores con final feliz. La Menina dos *Prazos* vivió porfiando

el sueño de que la suerte, aunque se tardara, un día tendría que llegar, trayendo con ella de vuelta al amor de su juventud. Ella viviría así buena parte de su vida, espantando el sueño como si combatiera a la muerte esperando el día en que su amado viniera a buscarla.

Todavía hoy su belleza es motivo de asombro. Todos, hombres y mujeres, se acuerdan de sus largos cabellos negros, de su piel muy blanca y de sus ojos color canela. Inclusive vistiendo el luto que jamás abandonaría, la Menina dos *Prazos* era una mujer lindísima y alimentaba la plática de reuniones interminables y de muchos jóvenes, después hombres, que la desearon sin nunca atreverse porque estaban advertidos de que, para ella, hombre solo había sido el joven que se había matado.

262 El día en que supuestamente escuchó la voz del espíritu de las aguas, reverberando entre los viejos armazones de los barcos hundidos y oxidados, la Menina dos *Prazos* no sintió el sobresalto que la había acosado a lo largo de los años. Todas las madrugadas despertaba con el miedo de haber sido acometida por la incontinencia que había atemorizado a generaciones de mujeres de su familia. Habían sido mujeres de los "*Prazos*", con grandes extensiones de tierra y ejércitos de esclavos, inclusive mucho tiempo después de que acabó el comercio negrero; sin embargo, casi todas sufrían de una inexplicable incapacidad de despertarse a medianoche para dirigirse al baño, siendo sorprendidas por la incómoda sensación de la cama húmeda.

Ni siquiera las sombras que bailaban en la sala mientras ella espantaba el sueño la perturbaban tanto como el miedo de descubrir que también ella había sido afectada por la incontinencia que había acompañado a las mujeres de su familia hasta el final de sus días. Se acordaba de su vieja madre que a medianoche maldecía a lo largo del corredor mientras buscaba el camino hacia el

porche que la condujera hacia las escaleras exteriores, único acceso a los baños que estaban en la planta baja. Del padre, que había muerto muy joven, tenía menos recuerdos. Era un hombre más ecuánime que la mujer, aunque tampoco le agradaba la idea de que su hija fuera desposada por el hijo del telegrafista. En cuanto a su madre, ésta era una figura omnipresente, siempre mala y gruñona, que lanzaba injurias y maldiciones a todos aquellos que ella considerara merecerlas, tenía un firme recuerdo. También de los hermanos que se habían esfumado en el tiempo se acordaba sin problema.

La Casa Azul había sido construida en 1914. Era una residencia que se veía desde cualquier punto de la ciudad. La planta baja estaba ocupada por una tienda administrada a lo largo de los años por familiares de la Menina dos Prazos y que sería nacionalizada en los albores de la revolución. El piso habitado por ella, los baños y parte del patio sobrevivieron hasta hoy. Nadie se atreve a entrar en aquella casa, que permanece altiva, a pesar de la corrosión que enfrentó con los años. Desde afuera, el porche que mal resiste al tiempo, con las tablas carcomidas, los frisos de los pilares de madera de la India, evidencian la belleza y los pormenores de aquellos años en los que el comercio de esclavos y los palmares estaban en el origen de las grandes fortunas.

La Menina dos Prazos se quedó sola en 1975. Su familia se regó por el mundo. Su vieja madre se fue a Portugal, tierra que nunca antes había visitado, donde había nacido el marido que dejó en el cementerio antiguo de la ciudad, días antes de partir, víctima de un síncope fulminante desencadenado, hasta donde se sabe, por los vientos de cambio que se vivían en aquellos increíbles años. Éste había sido su tercer marido, aquel con quien tuvo una casi interminable prole. Los dos casamientos anteriores habían finalizado precozmente.

La madre de la Menina dos *Prazos* se había casado por primera vez a los dieciocho años con un goés que llegó a los *Prazos* de Zambezia en busca de fortuna y suerte. Encontró a la joven mestiza, heredera y dueña de tierras y hombres. El hombre vendría a sucumbir tres meses después de desposarla en un naufragio a la entrada de la bahía de Nacala.

264 La señora permaneció viuda no más de dos años. Un portugués, que vestía trajes de lino, cultivaba unos bigotes a la francesa, confiaba en sí mismo como el buen hidalgo que pretendía ser y andaba echado hacia atrás, empuñando un bastón tallado en madera fina, intentó desposarla. Este hombre, que había bajado no hacía muchos meses de un barco que había tardado meses en alcanzar la costa del Índico, tampoco duró mucho tiempo en la cama de la señora zambeziana más temida de aquellos tiempos. Murió pasados pocos años, hasta donde se sabe, de malaria.

La mujer dio en el clavo hasta el tercer casamiento, con un negrero portugués de Tete y Zambezia, quien se mostró muy dispuesto a acabar con los mitos que rodeaban a la mujer cuyos maridos sucumbían al poco tiempo de compartir su lecho. De este matrimonio nació una abundante prole, de la cual formaba parte la Menina dos *Prazos*, la última de las siete hijas, ya que después de ella todavía había dos varones.

El día en que fue anunciada la desaparición del pretendiente de la Menina dos *Prazos* en las aguas oscuras del Rio dos Bons Sinais, los padres de la joven se estaban preparando para ser padrinos de bautizo del hijo menor de Stuck de Quay en la iglesia Matriz de Quelimane. Joseph Émil Stuck, el conde, era un suizo, natural de Veroli, Italia, que administraba la Compañía de Boror y uno de los grandes sembradores de los palmares de Zambezia.

El pequeño Jorge fue bautizado justo el día en el que una multitud de curiosos se plantó en las márgenes del río esperando que el cuerpo del joven apareciera. La verdad es que la familia, antes del amanecer, se había llevado el cadáver muy lejos. Así, se daba consistencia a la tesis de que él había desaparecido en el río, cuando en realidad se había ahorcado en la Casa Azul.

Con la muerte de aquel joven, todo cambió en Quelimane. La vida no volvió a ser la misma. Años después, ya casi nadie se acordaba de lo sucedido, hasta que llegó la independencia. Durante décadas, el tiempo había permanecido encallado igual que los viejos barcos cuya herrumbre iba desvaneciendo su antiguo esplendor. Tal vez por eso hoy pocos se acuerdan de aquella gran familia que se iría a desmoronar a lo largo de los años. Esa había sido también su tragedia, y hay quien crea que, desde aquel momento, la señora y el señor de tierras y esclavos de Zambezia, los últimos "prazeiros" de aquellas vastas extensiones y que habitaban la enorme Casa Azul, atestada de criados, habían comenzado a disgregarse y su decadencia fue vertiginosa.

265

De la familia de la Menina dos *Prazos*, ya se dijo, se quedaron en Quelimane sólo los muertos. La vieja madre se embarcó en un avión de gente angustiada que volvía a la Metrópoli. La vieja señora había enfrentado gallardamente aquel desafío: nunca antes había aceptado entrar a la barriga de semejante bicho volador. Ella se acordaba de la tragedia ocurrida con un avión a principios de la ruta aérea a Quelimane. El aparato se había ido de hocico un día de lluvia y tempestad.

Cuando se enteró de esa historia, la del piloto obligado por el padre a volar aquel día adverso, y que murió a bordo del avión que se había despeñado, juró que nunca se metería a esos pájaros pesados que volaban como si fueran bípedos normales. Además, siempre que

iba al cementerio los domingos para poner flores en las sepulturas de sus seres queridos, pasaba por la del joven piloto que había muerto en Quelimane, un día sacudido por una violenta tempestad.

Algunos de los hermanos de la Menina dos *Prazos* se fueron para Sudáfrica, otros tantos para Brasil y unos más para Portugal. Ella se quedó sola en Quelimane, habiendo una Casa Azul llena de sombras y traspasada de voces que venían de un horizonte siempre obnubilado, esperando el día en que su pretendiente regresara a buscarla.

266 Los años no la doblegaron. Permaneció joven y hermosa hasta alcanzar los ochenta años. La ciudad hablaba siempre de ella, de su belleza y del hecho de permanecer incólume a la vorágine de décadas. De su tenacidad. Sin embargo, ya últimamente, la Menina dos *Prazos* veía sombras y apenas alcanzaba a distinguir el rostro de las personas que la visitaban en su amplia casa habitada por fantasmas. Jamás fue acometida por la incontinencia que ella tanto temía, pero sus ojos color canela dejaban de ver.

Durante mucho tiempo, la vieja Casa Azul fue lugar de fiestas y cenas, que eran servidas en platos de porcelana y cubiertos de plata. Las copas de vino eran de cristal y los candelabros que iluminaban la amplia sala común revelaban caras de gente acaudalada y feliz, sentada alrededor de una mesa larga de *chanfuta*.

La ciudad recordaba aquellas fiestas y bailes a los que, más tarde, la Menina dos *Prazos* asistiría, sin dejar de usar su ropa de luto. Ella no sólo iba, sino que también bailaba. Decían que se había arrepentido de su promesa, pero la verdad es que nunca la quebrantó: jamás hombre alguno la tocaría.

La Menina dos *Prazos* protegió a niñas desamparadas, las recibió como su misión, les dio escuela y profesión y las encaminó hacia el futuro. Al atardecer de su

vida, se fue enredando en un universo perturbado y oscuro de fantasmas y sombras. Toda la gente de su entorno desapareció. El círculo de sirvientes se redujo, los antiguos criados la abandonaron porque, con el tiempo, por lo que se sabe, se volvió muy enojona, aunque nunca llegó a ser tan irritable como su madre.

Los antiguos platos de porcelana, los cubiertos de plata, las copas de cristal, los paños bordados, los manteles de lino, las sábanas de algodón, todo eso desapareció a lo largo de los años, mientras hasta la propia casa era vencida por el tiempo. En ocasiones, la Menina dos *Prazos* lamentaba el destino que sus joyas habían tenido, aunque no se quejaba por el hecho de haber perdido sus interminables tierras. Muchas de ellas, ella misma las había vendido, otras tantas las fue perdiendo por pura incapacidad para administrarlas, otras más las seguía regalando a muchos de los ahijados que protegió a lo largo de su vida. En realidad, ella era la última gran dueña de "Prazos" y de vastas tierras en Zambezia.

267

Sin embargo, la desaparición de sus joyas le pesaba. Era lo único que la alegraba cuando abría el baúl donde las escondía y las palpaba con la mano, verificando, cuando ya estuvo ciega, que no se las habían robado. Meses antes de que ella se sumergiera en el río, para cumplir la promesa hecha el día en que le vinieron a decir que el muchacho que ella quería se había ahorcado, la Menina dos *Prazos* lloró cuando descubrió el baúl vacío. Hacía muchos años que no lloraba. Tal vez se pudiera aseverar que la Menina dos *Prazos* no lloraba desde el día de la muerte de su joven pretendiente.

A pesar de este infortunio que la cimbró enormemente, la Menina dos *Prazos*, viuda inmaculada, se conservó mujer de rostro dócil y resistió durante el tiempo que fue necesario, esperando la voz de las aguas, que la

llamaría como había soñado, una mañana de niebla, para que fuera al encuentro de su amado, que, un día, en una madrugada de abril, según decía el mito, habría de caminar rumbo al río mientras el sol amenazaba con romper el alba, anunciando un nuevo día.

Aquella mañana esperada de abril, la Menina dos *Prazos* se acordó de su vieja abuela, ella también antigua señora zambeziana, de quien su madre había heredado vastas tierras y un ejército de hombres cuando, supuestamente, ya no se podía practicar el comercio de esclavos. La abuela, de quien había heredado el nombre y el carácter, según los que la conocieron, murió de más de noventa años, angustiada también con la idea de no poder despertarse para ir al baño en mitad de la noche.

268 La vieja madre de la Menina dos *Prazos* fallecería en la tierra del marido. De los hermanos perdió el rastro, tal vez siguieran en Brasil, en Sudáfrica o en Portugal. En Quelimane no quedaba nadie de su familia directa. Muchos años antes de morir todavía convivía con un sobrino nacido de una relación fortuita de uno de sus hermanos con una de las hermanas de su pretendiente que había sido abandonado por sus padres. Sin embargo, ellos también fueron devorados por la vorágine del tiempo y desaparecieron en el polvo del horizonte.

La Menina dos *Prazos* seguiría enfrentando las noches en una silla de mimbre, esperando el llamado de Zúzu. Muchas veces la veían recorriendo el porche revoloteando los fantasmas que sólo ella veía, aunque todos supiéramos que hacía mucho tiempo que la ceguera la había dejado con un panorama de penumbra en frente. Esto duraría más de sesenta años, tiempo suficiente para que ella se convirtiera en la virgen más longeva de la saga de los antiguos "*Prazos*" de Zambezia. A veces el joven pretendiente aparecía a la orilla de sus sueños, en un

barco, y la rescataba de los demonios que la acosaban. Los dos partieron hacia un destino escondido por la vegetación alta de los manglares circundantes del Rio dos Bons Sinais.

Traducción de Ma. Auxilio Salado P. ❀